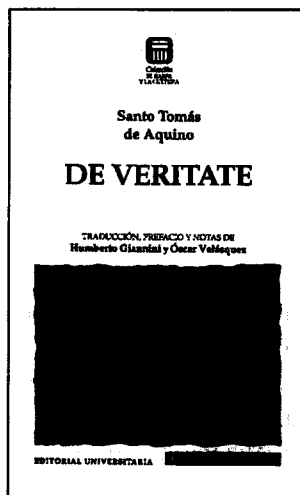


DE VERITATE,
de Santo Tomás de Aquino.

Traducción, prefacio y notas de
HUMBERTO GIANNINI y
ÓSCAR VELÁSQUEZ¹
Editorial Universitaria, Santiago, 1996.
177 páginas.



Agradezco el inmerecido honor que se me hizo —más por amistad que por otra razón— al pedirme que presentara este libro. Agradezco la hospitalidad de la Universidad de Chile en esta sala prestigiosa, así como la presencia de su Rector, que viene —creo— a realzar el hecho de que en un tema tan importante para la Filosofía se hayan juntado los talentos de dos maestros notablemente distinguidos de la Universidad de Chile y de la Pontificia Universidad Católica de Chile como son los profesores Humberto Giannini y Óscar Velásquez.

La experiencia común de la ciencia fue resumida por una de sus voces más autorizadas cuando Albert Einstein dijo que lo más incomprensible del universo es que él sea comprensible. Con lo que estaba sugiriendo que una cosa es que seamos capaces de hacer un discurso coherente y otra —muy distinta— es que ese discurso corresponda al comportamiento de cosas que le son del todo ajenas.

¹Texto de la presentación que hizo de este libro el Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, profesor Juan de Dios Vial Correa, el 30 de octubre de 1996, en la Sala Ignacio Domeyko de la Universidad de Chile.

Por mi parte, no he olvidado la sorpresa que me produjo muchos años atrás la imagen televisada del primer contacto de un pie humano con el polvo de la superficie lunar. Éste se levantaba, no como una nube, sino como una miríada de partículas que trazaban parábolas en un dibujo que era ciertamente esperable, ya que la Luna carece de atmósfera que pueda frenar el impulso de las motas de polvo, pero que de hecho me producía una gran sorpresa: allí, en la superficie lunar, se dibujaba una idea de Newton bajo condiciones en las que él no pudo haber soñado —y me sobrevinía una perturbadora fantasía de que esas partículas que habían yacido inertes por centenares de millones de años, en cierta forma sabían cómo habían de comportarse ante el impacto.

Se desplegaba una misteriosa correspondencia entre dos órdenes de cosas, a saber, la mente de los científicos y esos granitos de polvo distantes y ajenos. Ésa es, por supuesto, la experiencia común de la ciencia, y se podrían multiplicar “ad infinitum” los ejemplos. Pero el hecho de que sea una experiencia habitual no la hace más fácil de entender.

Nótese que no estoy diciendo que las masas se atrajeran entre sí de tal o cual manera siguiendo las leyes de la Física. La “masa” es una idealización, una magnitud útil para el cálculo. Lo que yo veía es que esas piedrecitas concretas —no los entes matemáticos que las podían representar —seguían determinadas trayectorias que tenían la misma forma que la que podían describir las “masas” del discurso científico. Eran entes concretos, ajenos por entero a la formulación de las leyes; y, sin embargo, las obedecían como si las tuvieran incorporadas en su interior. La correspondencia no se daba entre conceptos, sino entre éstos y un comportamiento real. El juicio que habían formulado los físicos tenía una correspondencia innegable con el modo que tenían esas cosas de *ser*.

Parecía que la mente de los sabios hubiera extraído algo que era inherente a las cosas y que luego hubiera actuado para conformarse a ese algo y llegar a formular un juicio; el cual resultó ser tan verdadero que se hizo predicción. El juicio decía algo sobre *lo* que son las cosas, pero al mismo tiempo decía que las cosas *son*.

En alguna forma había algo que era propio, no de la mente de los científicos, sino de esos granos de polvo, y ese algo se había hecho presente en la facultad de conocer del hombre de ciencia, y lo había hecho de modo tal que pudo formularse sobre ese algo un juicio —una afirmación o un conjunto de afirmaciones— que sin quedarse allí en un mero conjunto coherente de proposiciones, alcanzaba a las mismas cosas, allá afuera —en el espacio interestelar— en su propio ser.

Estos recuerdos se me vienen a la mente al evocar un pasaje central del libro que estoy comentando, en el “Respondeo” del artículo IX: “Es conocida en cambio la Verdad por el entendimiento, según que el entendimiento se refleje (o revierta) sobre su propio acto: no sólo según que conoce su propio acto, sino según que conoce la proporcionalidad de dicho acto con la cosa...”, “...el juicio del entendimiento es acerca de la cosa, tal como la cosa es...”; palabras que suenan como un desarrollo del art. 1, 3C: “...la Verdad sigue el ser de las cosas...”.

En el curso de la historia del pensamiento, se ha desestimado muchas veces esta idea de la conformidad como si fuera una simple ingenuidad.

Giannini y Velásquez se preguntan en el Prólogo: “¿De qué manera cabe hoy volver a validar la teoría de la Verdad como adecuación, como conformidad?”. Y recuerdan el pensamiento de Gianni Vattimo de que ella es un modo de “salvar los fenómenos”. Creo que lo provocativo que tiene el libro que traducen y comentan es que la teoría de la Verdad como adecuación podría ser un modo de salvar no los fenómenos sino las cosas.

En el Prólogo se nos recuerda que “...la Verdad es apertura... un modo de estar del hombre... en su mundo...”, y que “...el hombre histórico habita un mundo ...en el que las cosas están compaginadas como teniendo un sentido solidario para quien posee la clave de su significación...”.

Pero tal vez un inseguro seguidor de Tomás de Aquino podría preguntarse si esa apertura y ese mundo no son posibles sólo por esa condición previa y necesaria que es la acción de conocer y llegar a juicios de verdad, acción a la que el hombre no puede nunca renunciar ni por un momento mientras tiene conciencia. Y a lo mejor es por eso que un “mundo” podría llegar a tener algún sentido, porque las cosas que lo forman pueden ser —aunque sea oscuramente— comparadas y sopesadas en un juicio que se refiere a su propio ser, y que dice de ellas que son o que no son. Y entonces la condición previa de la apertura y del mundo sería esta otra forma, tal vez no de apertura sino de camino, que se abre por “la percepción sensible de entes concretos actualmente existentes (Gilson)”, y allí estaría el principio de la presencia de las cosas en el entendimiento y del recto juicio sobre la Verdad de ellas. El principio del que hablo no es principio o *arjé* en el sentido de algo que esté en la base o fundamento, y que pueda hasta echarse al olvido para agrandar, embellecer o usar el edificio, sino que es *arjé* o principio en el viejo sentido etimológico: de lo que precede, lo que guía, lo primero, lo que se adelanta, porque suya es la iniciativa. Algo así como lo que

pasa con los principios primeros del conocimiento. El principio de contradicción no está al inicio de una demostración matemática, no se queda en sus comienzos, antes bien, él está *antes* de cada paso de ella para justificarlo y acogerlo. Y el camino del que hablo está abierto por el ser de los entes.

El ser no es una cualidad, ni un estado de ninguna cosa. Es un acto, el acto propio y primero en todas las cosas. No es tanto un sustantivo o un adjetivo como un verbo que se parece más a "actuar" que a estar. Lo propio del ser es ser activo, actuar. Como las rosas "rosean" en el pensar a lo Heidegger, los entes "son". Para penetrar en ese acto propio y primero hay que desplegar complicadas estructuras de pensamiento que procuran aproximarse a él, pero que lo anularían si quisieran reemplazarlo. El conocer *es un acto* en el que se identifica el que conoce con lo conocido, el acto o actualidad de uno con el del otro.

¿Será posible entonces que cualquier apertura y cualquier mundo tengan como condición de posibilidad esta disposición básica del hombre según la cual actúa, toma actualidad, un modo de ser que es conocer?

Estas perplejidades hacen que un libro como éste tenga algo de particularmente saludable. Con el golpe seco de sus proposiciones rigurosamente encadenadas, viene a remover telarañas de acostumbramiento y de rutina intelectual y se yergue como una sorpresa en la penumbra. Hay que agradecerles a nuestros comentaristas y traductores el que, puestos ante el vapor que cubre y disimula la superficie del mundo de los entes, hayan lanzado a la laguna como un trocito de metal precioso esta "Quaestio Disputata", *De Veritate*. Y pensando en nuestro ambiente cultural, hay que alegrarse de que la recepción acordada a la primera edición haya requerido esta segunda, y hay que felicitar a la Editorial Universitaria por la presentación del libro.

La traducción es fina, crítica, cuidada. Las notas comparan y aclaran muchos pasajes en los cuales los siglos y los usos han oscurecido la claridad primera de la expresión.

El Prólogo declara la vigencia actual de la obra, y lo hace navegando entre arrecifes para mostrar con finura que el problema no es arcaico sino clásico. Y junto con decir esto subrayo que traer a Tomás de Aquino a nuestro medio como lo hacen los autores, no es tarea inocente. El problema de la Verdad —ya lo decía— es el problema del ser, del ser que no es un estado sino un acto (Gilson), un acto que es la suma perfección de los entes, no porque los adorne sino porque por él existen: "perfectio omnium perfectionum". "Perfectio" es la condición de

consumado, de acabado, de que nada falta. Y esta “perfectio” no puede ser garantizada por ningún grado de coherencia racional, antes bien, ella es la primera condición de lo que es. Por esa perfección que es el acto de ser, el ente es apetecible, es atrayente. Las cosas son buenas porque son. Incluso en nuestro mundo instrumentalizado, el deseo de las cosas es el amor del ser que las llena. Este doble juego, este círculo, de conocer y como consecuencia de amar una variedad infinitamente cambiante de entes que emergen y se desvanecen, constituye un mundo de deslumbrante riqueza que va más allá del lenguaje del filósofo y se comunica en la visión del poeta. Mundo bueno, alegre, luminoso, ordenado en su gracioso ritmo, ése es el mundo donde las cosas *son*. Por supuesto que en la metafísica de Tomás de Aquino esto no puede ser separado de la noción básica de que fueron llamadas por Dios a la existencia y de que en cada una de ellas refulge una medida del amor que la creó.

Pocos años después de la muerte de Tomás de Aquino, subiendo bajo la guía de Beatrice el Paraíso, el Dante lo encontró envuelto en una luz casi cegadora acompañado de otros fulgores como el suyo que tejían una especie de guirnalda de astros, los cuales se detuvieron un momento en su girar como suspenden el paso bailarinas, esperando la nota que ha de hacer que se reanude el ritmo de la danza, y dejaron oír la voz del filósofo que explicaba que ese resplandor era nacido del rayo de la Gracia, donde se enciende el verdadero amor que después crece amando:

“... raggio della grazia onde s'accende/verace amore che poi cresce amando...”.

La fuerza de provocación de Tomás de Aquino es, pues, que en el ser se enciende el amor hacia los entes, y que el Ser, el Amor, el Creador, no son cuestiones especulativas sino temas de decisión en la existencia. Por eso este libro es hoy cosa que entra una vez más en la disputa... como corresponde a una Quaestio Disputata.

En otro sentido —y el Prólogo lo destaca y debe leerse aun por aquellos que no sintieran la atracción de la ontología— el libro es un testimonio del nacimiento de la Universidad. Es el libro de actas de una serie de lecciones vivas.

Cada uno de los puntos que se desarrollan está estructurado en torno a una proposición que adelanta el maestro. En respuesta a ella se levanta multitud de objeciones de toda especie que brotan de su público. Finalmente, el capítulo se cierra por una respuesta general que fija la

solución de la cuestión y que se complementa por respuestas puntuales a cada una de las objeciones levantadas. Es el relato de un suceso universitario que duró días y que mantuvo alerta a una comunidad de estudiosos.

Las objeciones recogidas en el texto parecen caóticas —como es caótico el pensar humano cuando emerge—. Se nos refieren argumentos de eruditos; argumentos de rígidos dialécticos; observaciones piadosas que recogen la autoridad de la Escritura o de los Padres: unas en favor, otras en contra de la tesis propuesta. Y el “Respondeo” del maestro brota —diríamos hoy— como en un proceso de autoorganización, del mismo dinamismo del desorden. Es la más pura forma de una discusión libre, rigurosa, auténtica. Así se abría la vida de la Universidad naciente, donde reinaba ingenuamente “sola philosophia solo comite contenta studio”.

El mundo intelectual de Tomás de Aquino marca un inicio; pero como todos los grandes inicios de la historia, marca también una culminación. Y si uno se remite por un instante al proceso histórico que culminaba en él, puede entender algo de sus raíces; que se encuentran medio milenio antes, en ese notable período que fue el llamado *renacimiento carolingio*. Europa estaba recién emergiendo de las edades oscuras, de tiempos de crueldad y violencia casi inenarrables, como los que recuerda en su crónica de los francos Gregorio de Tours; tiempos en los cuales la vida de los hombres no valía nada; época dominada por el miedo, cegada por el hambre, las pestes y la guerra, que albergaba una vida descrita con acento de horror por Columbano, “fugitiva, resbaladiza, peligrosa, breve, incierta, semejante a sombra...”, angustiada y dolorida como una fuga, como una huida cotidiana “...que a diario llegas y a diario huyes ...que huyes al venir, según vienes huyendo...”.

“...cottidie fugis et cottidie venis...veniendo fugis quae fugiendo venis...”.

Fue mientras iban saliendo de ese abismo que hombres recios y de ardiente corazón vislumbraron que la suerte de la religión se hallaba ligada a la del saber humano. Vivían lo que cuatro siglos más tarde llamaría Anselmo de Cantorbery “...fides quaerens intellectum...”.

Aun antes de que se aquietara esa tempestad, sale por todos los senderos y llega hasta los más perdidos rincones de Europa la voz que seduce a los hombres con la Sabiduría, la que se levanta como en el libro de los Proverbios, y plantada en medio de las sendas, junto a las

puertas, a la boca de la ciudad, en los accesos a los portales, grita que ella vale más que los corales y que ninguna joya se le puede comparar.

El amor de la sabiduría, o sea del buen sabor de la Verdad animó el establecimiento de las modestas escuelas conventuales donde se adivinaba en ella una fuente tan vivificante como la del Paraíso Terrenal. Esa fe en el valor transformador de la verdad que sostiene la obra de Tomás de Aquino, se había así esbozado quinientos años antes en la de Alcuino de York, el gran artífice de la reforma carolingia, quien la condensó en la anécdota del maestro de gramática que al iniciar sus lecciones les pregunta a sus discípulos: "Quid quaeritis?", "Qué buscáis", y ellos ¡los alumnos de gramática!, contestan a una voz: "Felicitatem quaerimus!", "Buscamos la felicidad".

Nuestro mundo no aspira a tanto. Elude el ser, y se distrae por lo mismo en caminos periféricos. Así, disocia el Ser de la Verdad, la Verdad de la Sabiduría, el Bien de la Verdad, y por fin, con toda la vehemencia de que era capaz Immanuel Kant, el Bien de la Felicidad. Es un mundo que por grandes que sean su ciencia y su poder, se ha hecho tal vez más tímido y más gris. Le falta la vida, le asiste lo vivido (Quevedo).

Pero incluso hasta él, aquí —a nosotros, digo— aquella aurora del pensar de Europa nos llega como el perfume de un jardín lejano, y nos dice que la primavera fue posible.

Es así como por muchos modos, Tomás de Aquino se hace voz de nuevo para entrar en nuestra propia Quaestio Disputata. Y es por haberla traído hasta nosotros que agradecemos otra vez a Humberto Giannini y a Óscar Velásquez.

JUAN DE DIOS VIAL CORREA